

PRIMERA APROXIMACION A LA OBRA NARRATIVA DE MANUEL COFIÑO

* *Isaías Peña Gutiérrez*

I

Jamás supo Manuel Cofiño López que sería escritor. Y los indicios de su vocación literaria —como el ser un estudiante inseguro, muy parco con las matemáticas y gran lector—, no siempre aseguraron en otras personas dicha afinidad. Cofiño había nacido en La Habana el 16 de febrero de 1936, de padre asturiano y madre cubana, y desde muy niño sintió las consecuencias de aquello que sería posteriormente una de sus mayores obsesiones: los tiempos de cambio. Debido a la separación de sus padres, pasó a vivir con una tía materna y con sus abuelos (también maternos). Mientras su padre se dedicaba a la venta de flores o de electrodomésticos, él estudiaba su primaria e ingresaba luego al Colegio de los Hermanos Maristas de La Víbora. En 1955 terminó su bachillerato. Ahí había dejado escrito un pequeño ensayo, “En defensa del idioma”, más su afición por Federico García Lorca, vetado entonces por el Padre Víctor Serna, primo de Ramón Gómez de la Serna, y reemplazado por José María Pemán. Solo que Cofiño nunca claudicó y por encima de Pemán y del Padre Serna —y por fuera del salón, desde luego— se deleitó con aquellos versos de Lorca (“¡Preciosa, corre, Preciosa,/que te coge el viento verde!”), de su sensual poema “Preciosa y el aire”, dedicado, por cierto, a Dámaso Alonso. Y así fue como en el examen final oficial, Cofiño habló de Lorca y no de Pemán. Hecho muy significativo porque marca, desde entonces, la rebeldía de Cofiño y su fino manejo del tema erótico.

* Abogado escritor, profesor y director del taller de escritores de la Universidad Central.

Del bachillerato, también, provienen sus primeras lecturas de Julio Verne, de Salgari y de Anderson, como las de los filósofos alemanes, Nietzsche, Shopenhauer y Fichte. José Ingenieros era prohibido y, por tanto, debía leerse, tanto como José María Vargas Vila. Rodó fue otro de sus autores leídos. Y hoy nos parece increíble que dos grandes clásicos, Chéjov y Gorki, tal vez por ser rusos, fueran perseguidos. Cofiño no le perdonó esto a la dictadura de Batista y dio buena cuenta de **La madre** y de los cuentos del autor de "La dama y el perrito".

Al terminar su secundaria siguió viviendo tiempos de cambio. Lee los primeros libros marxistas. Y principia por algo muy duro: el **Anti-During**. Luego, el **Manifiesto del Partido Comunista**. Para entonces ya había conocido a Boris Luis Santacoloma, presidente del Club San Carlos de La Víbora, el barrio de su niñez y juventud. Ahí, al lado del ajedrez y de otros juegos, había contactado a quien sería uno de los principales atacantes del Cuartel Moncada. Y había conocido a René Orestes Reynel, camionero de una dulcería vecina a la casa de su madre, uno de los compañeros de Fidel Castro en el desembarco del Gramma en 1956.

En ese año, Cofiño principió a estudiar filosofía en la Universidad de La Habana, contrariando los deseos de su padre que le había sugerido medicina o derecho. Pero la Universidad fue pronto cerrada. Y él pasó a trabajar en una fábrica de cigarros siguiendo la tradición de su abuelo materno, el famoso anillador asturiano que adornara los tabacos para Churchill. Allí pasó dos años con amigos que luego frecuentaría y que más tarde le servirían para armar su tercera novela, **Amor a sombra y sol**. De esa época, además, son sus décimas contra la tiranía publicadas en un periódico popular llamado **Prensa Libre**, con las cuales alarmaría a su padre hasta el punto que, para neutralizarlo un poco, le inventa un taller de muebles de hierro y mimbre, con venta de televisores y refrigeradores, discos y cosas pequeñas, con una historia semejante a la de los Budiño en **Gracias por el fuego** de Mario Benedetti. Con la diferencia de que Cofiño no se suicida y luego de casarse en 1957 va a continuar apoyando el proceso insurreccional, y en 1961, dos años después del triunfo de la Revolución, entrega la tienda al gobierno, se divorcia y rompe definitivamente con su padre, quien viaja, como la ex-esposa de Manuel, a los Estados Unidos. Los desgarramientos sociales y familiares son radicales y es el momento en que Cuba enfrenta la cancelación de la cuota azucarera, el cierre de las puertas de los bancos y la negación de la ayuda tecnológica, por parte de los Estados Unidos. Cuba ha sido declarado un país socialista y Cofiño López se queda ahí con su línea materna, en su gran mayoría trabajadores enamorados del aroma del tabaco. Los divorcios son, entonces, vinculares e ideológicos. Cofiño, no hay dudas, vive los más intensos tiempos de cambio.

En 1962, comienza a trabajar en el Ministerio de Industria, donde conoce al Che Guevara. Se instala en la Oficina de Estudio de Productos, una especie de agencia de publicidad y propaganda. Pone en práctica sus estudios de ciencias publicitarias que había iniciado en 1960 en la Universidad de La Habana y que jamás terminará por cancelación de la carrera.

De 1962 a 1966, simultáneamente, dictará clases de economía política, de ciencias sociales y de literatura cubana, en la Escuela de Cuadros del mismo Ministerio de Industrias y en lo que se llamó la Escuela de Superación Técnica y Profesional. En 1962, publica su primer libro, del cual no tiene sino el mal recuerdo. Se llamaba **Borrasca**, y hoy es un incunable irrecuperable.

Por 1967, pasa a ser Jefe del Departamento de Divulgación del Ministerio de Justicia y de Reforma Urbana. Después será Director del Centro de Información y Documentación del mismo Ministerio por varios años. Pero en 1966, Manuel Cofiño López todavía no sabía ni aspiraba a ser el gran escritor de los años setentas.

MANUEL COFIÑO

“El primer cuento que escribí es muy malo, nunca lo he recogido en libro y se llama “Fiebre de revancha”. Fue un cuento que escribí durante la tiranía y publiqué en una revista de la Asociación de Comerciantes Industriales de la Calzada 10 de Octubre, de la cual mi padre era presidente. Aquello formó tal caos que tuvieron que sacar de circulación la revista.

Escribí dos cuentos, te digo que muy malos. Tenían una función más de denuncia, de combate, que de literatura. El otro cuento es “El que hacía falta”. Ambos crearon gran problema con mi padre porque era el jefe de policía lo llamó y le dijo que cómo era eso. Eran cuentos producto del encabronamiento, de la necesidad de decir algo en ese momento de la dictadura, de expresar la rabia, un poco.

Pero, mira, eso fue en una revista de comerciantes. El primer cuento que publiqué, realmente, fue “Tiempo de cambio” en la revista **Casa de las Américas**. Yo no pensaba hacer ningún libro. Por ejemplo, con el libro de poemas, mira, eran textos que tenía escritos desde antes. Eran poemas contra la tiranía, algunos amorosos, otros de tipo social, sin ningún valor literario. Los temas se me venían encima y tenía que escribir versos o cuentos. Por allá en 1965 o 1966 empiezo a publicar cuentos en **Verde Olivo**, en **Bohemia**, sin pensar en ningún momento que iría a formar un libro. Y un día le envié un cuento a Roberto Fernández Retamar, sin conocerlo, y entonces Roberto se lo pasó a Mario Benedetti, y Benedetti me llamó por teléfono y me citó y me dijo que el cuento era muy bueno y que lo iban a publicar. Para mí fue una gran sorpresa. Y me acuerdo que después abusé del pobre Mario porque quería que me leyera todos los cuentos que escribía. Ahí es cuando yo empiezo a conocer escritores. Y sigo publicando en las dos revistas.

Te repito, esos cuentos los escribía por una necesidad vital sobre todo. Pero en 1968 surge el Concurso Nacional de Cuento 26 de Julio convocado por la dirección política de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Me interesó la convocatoria aquella, y entonces me puse a revisar lo que tenía publicado y me di cuenta que sin proponérmelo todos los cuentos trataban del cambio. A mí me sucedía una cosa por esos años. Ya se habían produ-

cido cambios dentro de la Revolución, drásticos, muy rápidos, inclusive en el paisaje, pero a mí también me interesaban los cambios no sólo de la piel hacia afuera sino de la piel hacia dentro. Había pasado por todos los desgarramientos familiares, se habían producido intensos enfrentamientos de clases sociales, y a mí me parecía que chocaba o descubría situaciones que eran un poco inéditas para los demás, yo veía cosas que los demás no veían. Claro, eso no era cierto porque los demás también lo veían. Y por ese deslumbramiento que yo sentía ante determinadas situaciones me decidí a escribir esos cuentos. Escogí los mejores, agregué dos más que estaba trabajando en esos meses, los reuní en un libro y lo mandé al concurso, y para mi sorpresa obtuvo el primer premio en 1969. Eso fue un estímulo muy grande para mí. Era mi primer premio nacional. Acababa de principiar a trabajar en el Ministerio de Justicia. Pero jamás pensé yo escribir un libro”.

2

“Tiempo de cambio” fue publicado en la revista **Casa de las Américas**, No. 49, de julio-agosto de 1968. Y tal vez sea el mejor resumen de la obra total de Manuel Cofiño López. Cuento premonitorio en todos los sentidos, también sirvió de título para su primer libro de cuentos publicados en 1969.

En aquel pequeño cuento, Cofiño plasmaba los principales ejes de su narrativa:

- a) Un realismo ambicioso que comprende las contradicciones sociales propias de los tiempos de cambio sin excluir los procesos internos e individuales de los sujetos personales de aquellos cambios.
- b) Una obsesión permanente por lo que implica el transcurso del tiempo, el recuerdo, el olvido, el pasado, la muerte y la memoria de los hombres;
- c) Una extraordinaria e ilimitada capacidad de reflexión sobre las relaciones del hombre y la mujer, en las cuales la mujer es la base fundamental de cualquier desarrollo literario; y,
- d) La asimilación perfecta de las modernas técnicas literarias y la construcción de un lenguaje contemporáneo.

En “Tiempo de cambio”, un muchacho, después de 12 años de haberla conocido, encuentra a la mujer con quien hizo por primera vez el amor cuando él apenas tenía 15 años. El tiempo ha borrado en aquella mujer el recuerdo del muchacho. Ahora despacha helados y pareciera haber olvidado los días en que se entregó a los jóvenes por algunos pesos con el fin de alimentar a su pequeño hijo. Lo ha olvidado, o quiere no recordarlo. Hay situaciones que producen tristeza al recordarlas: era la tristeza de los románticos. Pero hay hechos tristes en sí que nadie guarda en la memoria o que la memoria esconde. En este caso, esos hechos —que en el cuento están revestidos de un enfático sentido social— alimentan la memoria del protagonista porque al lado de ellos pervive uno imborrable para él: la primera

relación sexual de su vida. En esta clase de situaciones narrativas, Cofiño será un maestro. La circunstancialidad social cobra vida y vigor a partir de situaciones personales universales, y no al revés. La vida es la gran totalidad, y tras ella va todo lo demás. Quiero decir que en la vida del protagonista de "Tiempo de cambio" lo inolvidable es su primera relación sexual, y el trasfondo social sobreviene, precisamente, a raíz de aquel recuerdo. Y el trasfondo social, siendo eso, un trasfondo, de pronto se convierte en algo esencial: el protagonista recuerda —solo entonces— que aquella mujer debió interrumpir momentáneamente su acto de entrega para ir a darle seno a su hijito que lloraba al lado de las cajas de cerveza. Esa fusión, que en Cofiño es magnífica síntesis, comprensión total de la vida, donde lo social es lo individual, y viceversa, proporciona al lector una visión realista que parte de lo interior individual para darle mayor fuerza a lo exterior colectivo. No hay suma de lo uno con lo otro, como suele ocurrir en ocasiones, ni se entiende como una fusión deliberada. No se trata de la receta utilizada por tantos escritores, en que para eludir las críticas a la literatura social se le añaden cuotas de sexo o erotismo. Para Cofiño, sencillamente, lo social no existe sin lo individual, y viceversa.

En segundo lugar, la obsesión del tiempo en nuestro autor queda en "Tiempo de cambio" plenamente plasmada. Para el protagonista hay dos memorias. La del placer —que suele ser muy fiel—, y la del olvido. El recuerda a aquella mujer porque todo hombre, en todo tiempo y sociedad, la recordaría. Pero él mismo dice que sólo hasta ese momento en que le ha pasado las monedas de pago y de propina —mucho menos de lo que dejó aquella lejana noche— ha recordado todo. La memoria del olvido es, también, fiel: trata de borrarlo todo. Por eso es injusta. Y esta preocupación es constante en toda la obra del autor habanero. La memoria es la lucha contra el tiempo, y cuando ella es la memoria del olvido, sirve para que el tiempo se burle de los hombres. Y eso no le gusta a Cofiño, o por lo menos lo fastidia. Él quiere, por el contrario, que recordemos todo: la primera mujer, y también aquellos tiempos rudos, para que el futuro, desde luego, no sea la repetición de la rudeza del pasado. Por eso sus cuentos y novelas se nos presentan como un gran concierto de grises e infatigables solos de saxo combinados con otros lúcidos y brillantes de una trompeta agorera. La memoria del placer y la memoria del olvido juegan y luchan a la vez. Tristeza, alegría y esperanza. Todo mezclado, como diría Guillén.

Y si uno penetra un poco más se encuentra con que para Cofiño es importante el tiempo de cambio, y algo más: que también lo obsesiona el cambio del tiempo. Lo primero es circunstancial. Lo segundo, universal. Es decir, cuando el muchacho mira a quien fuera su primera mujer en el lecho, recuerda el placer y recuerda el dolor de aquella época anterior a la Revolución. Y algo lo sobrecege: aquella mujer que ya no es la misma. Él tampoco es ya el mismo. El paso del tiempo —peor que un fantasma— es indefectible y actúa como un verdugo cínico. No lo resisten las calles, las paredes, ni el mar. Y merced a él, o por culpa de él, cada día ya no somos, y somos otros. Ese fenómeno se plantea con mayor evidencia en cuentos como "Una rosa para él" o en "Canción de Leticia" (de **Un pedazo de mar y una ventana**, 1979) y, también, en "Los besos duermen en la piedra" (del libro **Tiempo de cambio**, 1969), en el cual Miriam recuerda su vida juvenil con Lalo mientras acude a una cita con su estatua en el parque. Ni siquiera

la piedra pudo retener la imagen del presente de Lalo. Ella lo ve y sabe que así no era él. Y peor aún, alcanza a decir: "Me sorprende que no te pueda recordar como realmente fuiste, como te movías o como me mirabas". El cambio del tiempo se desliza por sus cuentos y novelas como el celacanto que en su lucha contra el tiempo olvidó el color de la luz en las profundidades del mar. Si bien en un cuento del mismo libro **Tiempo de cambio**, "Y por última vez", columna esencial de su novela **Cuando la sangre se parece al fuego**, el cambio del tiempo significa a su vez un tiempo de cambio (circunstancialidad social), por cuanto su protagonista repasa frente a la vieja casa de su padre todo el dolor que significó su pasado, en otros, como en el ya citado "Los besos duermen en la piedra", es el paso del tiempo lo aterrador. Pero, repito, en "Y por última vez" los dos aspectos se plantean: para Cristino existe el tiempo pasado como sujeto que ha sido de él (lo ha sufrido), y frente a quienes en ese momento cancelan las puertas y ventanas y van a derrumbar la casa, él ya es otro.

Los tiempos de cambio, es decir, las transformaciones sociales, las revoluciones, los divorcios, los desgarramientos familiares y sociales, son periódicos y esporádicos. Constituyen una circunstancia particular en el devenir del hombre. El cambio del tiempo, por el contrario, es una fuente que agota incesantemente su agua sin que jamás sepamos su principio ni su fin, aunque cada día tengamos la certeza de que el agua que hoy vimos correr ya no era la de ayer. Y así constituye una circunstancia universal en el devenir del hombre. Pienso que Manuel Cofiño ha logrado integrar en un solo haz —un increíble dúo de saxo y de trompeta en medio de la compleja multitud— los tiempos de cambio y los cambios de tiempo. Nada tendría de raro que —aun sin saberlo a conciencia— a ello haya apuntado cuando tituló la última recopilación de sus cuentos, con un homónimo tomado del libro **Y un día el sol es juez**, de 1976, "Andando por ahí, por esas calles", que es, precisamente, una excelente síntesis de cuanto hemos expuesto. Además, "Andando por ahí, por esas calles", no sólo compendia la preocupación de no olvidar el pasado de la tiranía y el sentimiento de que hoy todos son distintos a los de ayer, sino que reclama por una de las funciones más importantes de la literatura, respuesta a la pesadilla del olvido, como es la de servir de fiel arca del tiempo. La memoria del escritor (del artista) es la memoria del mundo. Ella ha sido más constante y más fuerte que el celacanto. Y tal vez ahí resida la peligrosidad de la escritura para aquellos que quisieran borrar las huellas del tiempo.

En tercer lugar, Cofiño en "Tiempo de cambio", publicado también en 1976 en el libro **Y un día el sol es juez**, con una pequeña alteración en el diálogo de la primera parte, emprende uno de los murales femeninos más grandes que hayamos podido conocer en la literatura del mundo. Aunque decir "femenino" puede resultar distorsionador. Cofiño no es feminista. Al contrario, pienso que en algunas oportunidades establece símiles de mujeres con animales, que le restan dimensión a su hermoso y gigantesco concierto de voces femeninas. No se trata, tampoco, de encontrar mujeres importantes en uno u otro texto, que en cualquier escritor se hallan. Quiero decir que no hay en Cofiño un cuento o novela cuyo núcleo dramá-

tico no implique una mujer como elemento generador esencial. Toda situación narrativa es importante a partir del gesto de una mujer, o se vuelve importante por esa intervención. Un protagonista masculino toma distancia en el texto —y su imagen se contrasta— cuando la relación con una mujer se concreta. Y toda manifestación ideológica, sicológica o estilística, se evidencia cuando una mujer se sitúa en alguna de las relaciones narrativas. El paso del tiempo, los cambios de la Revolución, el peso sicológico del protagonista, la agilidad del texto, no serían nada, en “Tiempo de cambio”, si todo no arrancara de aquella mujer que hoy vende helados y pasteles a los niños y que ayer había suspendido el bautismo de fuego sexual de aquel quinceañero virgen por darle seno al hijito que lloraba a pocos pasos de distancia.

Las mujeres de Manuel Cofiño López —que son el tiempo y la transformación del mundo, que siempre funden lo individual y lo social, que rompen felizmente todo estereotipo— configuran una inmensa galería, tan grande que daría para todo un libro. Y allí tendrían espacio predominante algunas como Nati, Claudia y Mercedes, de *La última mujer y el próximo combate*, 1971; la abuela, Aimé, Teresa, Celia Argudín, Cloti, Zulema, de *Cuando la sangre se parece al fuego*, 1975; Magda, Lidia, Tomasa, Silvia, Julia, de *Amor a sombra y sol*, 1981; Miriam en “Los besos duermen en la piedra”; Claudia en “El milagro de la lluvia”; Damiana en sus dos cuentos; Marcia en “La despedida”, otro cuento estupendo; Magaly en “La señora Magaly”; Dania, personaje que con Mercedes y Lidia configuran un trío interesantísimo para un estudio a fondo, en “Dania”; Mirna e Iris, en los cuentos homónimos; e Isaura en el poético “Concierto”.

Por último, “Tiempo de cambio”, a más de compendiar envidiablemente procesos y conflictos internos y externos, de expresar los tiempos de cambio y los cambios del tiempo, de iniciar el gran mural femenino en nuestra literatura, fue el punto de arranque en la asimilación y perfección de las técnicas narrativas contemporáneas en Cofiño. Lo que es en este cuento un correcto manejo de la primera persona con quiebre del tiempo en un ágil flash-back que no interrumpe el presente, luego será en sus demás cuentos y novelas un riquísimo y disciplinado arsenal de modos de composición espacial y temporal, de montaje, de numerosos juegos con los puntos de vista, sin atropellar al lector en cuanto a la legibilidad de las imágenes y en la claridad de sus significados.

Estos cuatro aspectos, que considero básicos en el primer cuento publicado por Manuel Cofiño, son aplicables a los 31 cuentos y a sus 3 novelas editados hasta el momento de escribir estas notas en marzo de 1983, y sólo quedan señalados para posteriores desarrollos.

MANUEL COFIÑO

“En 1968, al Ministro de Justicia, con quien trabajo como Jefe de Divulgación, lo nombran Director de un Plan Forestal donde había problemas, en el extremo occidental de la Provincia de Pinar del Río. El compañero Ministro fue allá por varios días y cuando regresó nos expresó que los pro-

blemas eran más complejos de lo previsto, y que quienes pudiéramos le ayudáramos en esa tarea que le había encomendado la Revolución, tarea que se debía desarrollar simultáneamente con las del Ministerio de Justicia. Y nos fuimos, un mes allá y otro acá, hasta pasar cerca de dos años, entre 1968 y 1969.

Entonces, mira, cuando llegamos allí nos encontramos con muchos problemas. Aquel era un sitio apartado, muy aislado, de difícil acceso. Los latifundistas antes del triunfo de la Revolución le habían dado candela a muchos bosques para dedicar aquello al pastoreo extensivo y todo se había ido erosionando. En la casa, por eso, todo era polvo; uno se pasaba la lengua por los labios y sentía el sabor a fango. En las lluvias todo era barro. Las condiciones de vivienda eran mínimas; era una zona de silencio, no entraban las emisoras de Cuba, entraban las de Estados Unidos o las de México, la prensa llegaba poco, y en ese momento todavía la Revolución no había penetrado suficientemente. Uno de los problemas serios era el de que los trabajadores forestales ahí no aguantaban mucho, se estaban un mes y se iban porque no resistían aquella zona inhóspita. Reforestar así era imposible. Entonces, las direcciones anteriores habían caído en esta contradicción: para evitar que los trabajadores se fueran les permitieron levantar sus casas en terrenos del estado, cultivar para su consumo y llevar sus familias. Esa era una solución ilegal. Y cuando nosotros llegamos ahí nos encontramos con gran número de gente ocupando ilegalmente tierras del estado. Eso, fíjate, en un plan que dirigía el Ministro de Justicia y presidente de la Reforma Urbana, era una gran contradicción. El autoconsumo se había convertido en el trapicheo, es decir, en un mercado negro de intercambio de animales por ropa, etc., fenómeno explicable porque el bloqueo a Cuba pasaba por los días más fuertes. Eso impedía, a su vez, la repoblación forestal porque donde se debía sembrar eucalipto, majagua, pino, había una zona de maíz para el autoconsumo. Y cuando ellos tenían cosecha en La Veguita no iban al trabajo forestal. Pero, quizá, lo más grave era que la mentalidad de esos trabajadores forestales se iba convirtiendo en la mentalidad de un pequeño agricultor sin serlo. En la zona sí había pequeños agricultores y ellos no tenían problemas porque la Revolución les había dado su certificado de propiedad por intermedio de la Reforma Agraria. ¿Qué hacer, entonces? No podíamos sacarlos, como hubiera hecho la tiranía. Desarrollamos, entonces, una gran tarea de persuasión social y cultural. Recuerdo que alguna vez fueron Bola de Nieve, Onelio Jorge Cardoso, el Indio Naborí. Se llevó la electricidad y el cine. Iniciamos una ofensiva con los microplanos, pequeños núcleos de vivienda con mejores condiciones sanitarias, etc. Algunos entraron en seguida a los microplanos, pero otros no. Nos inventamos un boletín para que la gente aplicara lo aprendido en la alfabetización, para realizar una campaña de agitación y propaganda, para entrevistar tanto a quienes habían entrado como a quienes se negaban a los microplanos. Una mañana salí para las lomas en el jeep. Llevaba las cartas topográficas con las marcas de las tierras del estado, de las de los pequeños agricultores y las de los ilegales. A eso de las dos de la tarde estoy en un lugar que se llama Minadora y le hago la entrevista a uno que aún no se ha decidido a

incorporarse. Y él me dice, yo me voy a incorporar a los microplanos pero quiero saber antes si puedo quedarme con la mallita porque eso siempre se necesita para un gallinero y además de eso, yo compré estos terrenos hace dos años y pico. Cuando yo oigo eso, quedo asustado. ¿Quién puede vender tierra del estado? Entonces, le digo, ¿y hay otros que han comprado tierras? Voy y hablo con ellos y todos habían comprado tierras. Les pregunté, ¿y a quién le compraron? Y ellos me dijeron, a Milé. Yo me quedé asombrado, porque Milé era el responsable de esa zona. Todo el plan se había dividido en zonas y este Milé era el que parentemente tenía mejor organizada su zona, el que más hablaba en las asambleas, se pasaba por revolucionario, tenía una cara tremenda de buena gente, y aparte de eso era una persona que manejaba muy bien las relaciones humanas. Yo quedo pasmado. Por la noche regreso al departamento central. El Ministro estaba reunido y como a las dos de la mañana que salió de la reunión me vió tirado ahí recostado contra un árbol y me dice: Cofiño, qué haces tú ahí a las dos de la madrugada. Entonces, le conté lo que me había pasado. Quedó asombrado, no me quería creer. Bueno, dijo, entonces vamos a dar parte a las autoridades. Y sin dormir me fui para Guane, que era el pueblo más cercano, y de ahí salí a recoger a la gente en un camión. Quedamos en que cuando llegáramos a la casa de Milé, yo entrara primero, y luego a los dos minutos otro de ellos. Ya amanecía, recuerdo, cuando toco a la casa de Milé y él me abre y me dice, Cofiño, qué haces tú por aquí tan temprano, y ordena que me hagan café y se va al fondo de la casa a traerme un tabaco, pero cuando regresa ya había entrado el primero, y lo saluda, y tú también con Cofiño. Y había que ver cómo iba cambiando la cara de aquel hombre según iban entrando los demás. El confesó, después se hizo la investigación, y él estuvo en la cárcel.

Bien, en el momento en que yo bajo de esas lomas con Milé detenido, ya preso, es cuando yo siento necesidad de escribir aquello. Entonces, me doy cuenta que en los dos años que llevaba ahí me había ido apropiando también de aquellos lugares donde había elementos de lo real maravilloso, donde había una serie de leyendas sobre el pasado, y me di cuenta que si yo lograba objetivizar aquello desde el punto de vista literario podía mostrar las difíciles condiciones en que se construía el socialismo, la lucha entre la vieja y la nueva mentalidad; aparte de eso quise que fuera la historia de tres mujeres y de cuatro formas del amor. Me comienza a obsesionar el tema. Investigo más la zona, su pasado, etc. Entonces, fijate, quiero escribir una novela. Me doy cuenta que todo ese material no es para un cuento. Pienso que es una novela de la tierra pero que debo escribirla con elementos formales contemporáneos, modernos. Le doy grandes vueltas a la estructura. No era fácil. Hasta que al fin decidí darle una estructura un poco determinada por la forma en que yo fui conociendo aquella realidad. La realidad se va conociendo poco a poco, no de un golpe. De ahí viene la fragmentación de la novela. Luego vienen las viñetas para dar el pasado. El montaje, etc.

No todo lo que pasó está en la novela, como puede verse, ni todo lo que está en la novela pasó. La principié a escribir en 1969 y la termine en 1971. Y en cuanto al título te cuento esta anécdota. Esta novela se llamaba *Un*

pino entre los pinos. No me gustaba pero no encontraba otro. Soy muy malo para los títulos. Por aquellos días regresan a Cuba los sobrevivientes de la guerrilla del Che en Bolivia. Yo quiero saber qué pasó con ellos y nos reunimos. Entonces, después de toda esa odisea, Tamayo me cuenta que al llegar a la frontera con Chile los confunden con contrabandistas, pero que tan pronto se dan cuenta que son los guerrilleros del Che, vienen de Santiago unos interrogadores especiales. Y al final del interrogatorio, algunos comenzaron a hacer preguntas estúpidas. Y entre ellas una fue la de que cómo ellos resolvían el problema sexual en las condiciones difíciles de la guerrilla. Entonces, ellos les respondieron que pensando en la última mujer que habían tenido y en el próximo combate que iban a tener. Cuando oigo eso lo apunto y digo, tengo el título de la novela. Porque Pedro el bulldozerador es un luchador contra la tiranía que después del triunfo vuelve a la misma zona para luchar en la construcción del socialismo. Algunos han pensado que Nati es la última mujer y otras cosas, pero la realidad es la que te digo."

Por último, te cuento. Milé figura con ese nombre en la novela. Quería que también tuviera la sanción del novelista. Pero después en las versiones para televisión figura como Emilio, porque él ya salió de la cárcel y ya está viejo y enfermo..."

3

En 1971, Manuel Rojas, Haroldo Conti, escritores ya desaparecidos, y Lisando Otero, le concedieron el Premio Casa de las Américas a la novela **La última mujer y el próximo combate** de Manuel Cofiño López. Un volumen de 334 páginas, en la edición de casa, dedicado a sus tres hijas y al maestro Onelio Jorge Cardoso, gran sorpresa para quienes no habían advertido en **Tiempo de cambio** el anuncio del gran escritor.

Como serán sus dos novelas posteriores, esta primera es de una gran armonía entre sus partes, vigorosa en su lenguaje, y aunque el montaje del argumento es complejo no le resta ninguna claridad a la unidad total. Cofiño parte de un gran postulado —ya previsto en sus cuentos—, mencionado en el epígrafe de la novela según palabras de Bruno, uno de los personajes centrales: "Nosotros aquí tenemos que ver el pinar y los pinos porque, después de todo, sin pinos no hay pinar". Posiblemente, esta sea una de las causas del éxito de la novela, hoy traducida a 16 idiomas. En un momento en el cual el autor podía haber escrito una obra panegírica del proceso social revolucionario que se vivía, dándole mayor énfasis a las premisas teóricas, advierte que la realidad misma debe ser su mejor guía y que ella no es arquetípica ni se somete a los estereotipos del idealismo. De nuevo, Cofiño se sumerge en las grandes contradicciones individuales y sociales del hombre como ser solitario y como ser solidario y capaz de ambas actitudes: de la soledad y de la compañía.

Esto lo conduce a plantear un tema que podía ser accidental y transitorio —la lucha por el establecimiento del socialismo en una isla del mundo—, en un argumento de ambiciones universales. Por eso en la novela, tan

importante es la batalla de Bruno, de Sergio, de Mercedes, de Clemente, por corregir los errores de Milé (el funcionario estatal que desvía sus atribuciones en provecho propio) como, también, los conflictos internos de cada uno de los protagonistas, que no siempre son de índole social o político. Es decir, Cofiño no cae en la trampa de situar a sus personajes como ángeles incontaminables en un proceso social, o ajenos —también como ángeles— a las conductas netamente individuales.

Dos grandes puntales lo ayudan. Su preocupación por los cambios del tiempo y en el tiempo, y su ilimitada capacidad para traducir en imágenes los conflictos sentimentales entre hombres y mujeres. **La última mujer y el próximo combate** siempre será importante —a más de sus intrínsecas virtudes literarias— por esos dos motivos: porque expresa uno de los momentos más difíciles de la transformación del hombre y de su sociedad (en este caso, el paso del capitalismo dependiente al socialismo), y porque expone cuatro formas del amor a partir de seis personajes. Desde luego que la separación es otra más de las ficticias clasificaciones de los críticos de la literatura, porque en la novela son dos y una misma cosa. De todas maneras, es una forma didáctica de entender que a través de dicho proceso social —la citada transición, que implica herencias y propósitos individuales y colectivos—, seis personajes (Clemente y Nati, Siaco y Claudia, Bruno y Mercedes), convocados por la fuerza de la revolución y de la contrarrevolución, del pasado y del futuro —que hacen crisis en un personaje solitario, Milé, ajeno, entre otras cosas, a una relación amorosa en la novela—, protagonizan cuatro relaciones sentimentales tangentes y bien diferenciadas: a. La relación oficial de Clemente y de Nati, que el primero quiere sostener y ella no; b. La relación oficial de Siaco y de Claudia, que ella quiere sostener y él no; c. La relación no oficial de Siaco y de Nati, que ambos quieren sostener por razones diferentes; y, d. La incipiente y transparente relación entre Bruno, el nuevo director del Plan Forestal de "Las Deseadas", y Mercedes, trabajadora del vivero.

Es indiscutible que en la novela cautivan al lector dos personajes: Bruno con su campaña de persuasión en el Plan Forestal y, con igual intensidad, Nati, la sensualidad pura, a quien una vez —en escenas que recuerdan a Manuel Mejía Vallejo— rescató Clemente de una fonda pueblerina donde servía la comida y **servía** a los hombres. Nati, desde luego, exigiría un ensayo completo para hablar de ella, porque es de los personajes más complejos y más ricos. Y en tercer lugar, es interesante la relación de Mercedes. Con ella Cofiño teje un velo chejoviano pleno de sutilezas y de imágenes apenas sugeridas, como lo hará también en su tercera novela con Lidia y Marcos. En esto, pienso, Cofiño ha sido completamente original.

Por lo demás, esta primera novela del autor habanero significa la utilización de un montaje y de una realización narrativa completamente modernos. Como telón de fondo deja correr las leyendas de Pedro el Buldocero —quien es el mismo Bruno, según se llegará a saber en su novela **Cuando la sangre se parece al fuego** (Uneac, 1975, pp. 194 y 242)—, las leyendas populares que como tradiciones orales ingresaron también a la

novela, entre ellas la que le dio origen a su libro para niños, premio del Concurso La Edad de Oro, 1972, **Las viejitas de las sombrillas**, y que hacían parte del pasado inmediato a la Revolución o al folclor remoto de esa zona. Y sobre ese nutrido y magnífico telón de fondo, que contribuye a darle movilidad y sentido a toda la acción principal, se desgajan los protagonistas principales y secundarios de una historia que, como la vida, está cifrada, al decir de Pedro el Buldocero (p. 262), entre la última mujer y el próximo combate.

MANUEL COFIÑO

“Yo no he escrito nada para televisión, pero todos los cuentos míos los han llevado a la televisión. Y entonces hay grandes éxitos y otros, unos desastres. Sin embargo, hay dos versiones así, que son tremendas. Una del cuento “Donde ahora crece un framboyán”, y otra que se hizo en cine de 16 mm., sobre el cuento “Y por última vez”, que es impresionante. Pero yo creo que la televisión es un lenguaje diferente”.

4

Cuando la sangre se parece al fuego fue la segunda novela de Manuel Cofiño. Se publicó en 1975. Y uno de sus ejes narrativos esenciales se basa en el cuento “Y por última vez”, de su primer libro **Tiempo de cambio**. Se trata del tenso monólogo en segunda persona de un hombre que se para y entra en la casa, en ese momento clausurada, donde vivió su niñez y su adolescencia, donde vio morir a su padre, herido de muerte por el capitán de la tiranía, Arcio González, alias “Tiburón” —al finalizar la novela se sabrá; situación que en el cuento matriz de esta parte de la novela, “Donde ahora florece un framboyán”, se desconoce—, donde conoció a muchos personajes de su vida, donde vio enloquecer a su hermana Teresa y morir, también, a su madre, Celia Argudín. Y en aquel momento todo lo recuerda como en una gran pantalla cinematográfica. La Revolución ha llegado, el tiempo ha cambiado, pero los recuerdos persisten. “No, no es posible calcular la hondura del olvido y el silencio. A momentos es como si este lugar se vaciará de su aire y no quedara ni un sonido, ni el murmullo de las hojas. Se detiene el mismo ruido del recuerdo. Oye palabras, gritos, voces, pero no tienen sonido, se sienten, pero sin sonido, como lo que se oye en sueños; recordar es ver cosas que no están, y oír voces que no suenan. Es que los recuerdos son las pesadillas del despierto” (p. 210). Y aunque Candita, la criadora de sinsontes, canarios y palomas, en otro de los ejes de la novela —aquel que de manera similar a la primera novela de Cofiño sirve de parlante a las voces anónimas, a las leyendas, a los decires, y que se identifica en el texto por su mayor margen—, dice: “El tiempo borra y abre huecos para nuevos sentimientos”, y “Si yo recordara todo lo que he sufrido no podría vivir” (p. 210), la verdad es que aquella conciencia hablante de Cristino cuando está frente a su pasado siempre le dirá que “La vida puede cambiar pero no los recuerdos” (p. 12).

En esa casa del solar “La Margarita”, en el barrio de Santos Suárez de La Habana, Cristino Mora Argudín, el personaje central de la novela.

nació "medio muerto" y se salvó gracias a su abuela paterna. La historia de la familia Mora Argudín, de los demás habitantes del solar y de su abuela, es contada por Cristino hijo, en primera persona. Y en esta historia, que constituye el tercer eje de la obra, sobresale la abuela como el más grande personaje. Siendo Cristino quien rige la novela, porque ocupa tres ejes de la misma —como conciencia presente del pasado remitido en su monólogo, como relator de la saga familiar, y como objeto de las leyendas innominadas—, es, sin embargo, la abuela quien acapara la atención del lector. Sus convicciones, creyente impertérrita de los distintos dioses que la convirtieron en la más famosa santera de Regla (en La Habana), y la forma como esas convicciones fueron desmintiéndose sin que ella cediera un milímetro (su hijo moría sin que nadie descubriera al asesino; su nieto purgaba un año en la cárcel aprendiendo a fabricar maracas o muebles de mimbre y más tarde ingresaba al movimiento revolucionario a pesar de ser Abakuá; su nuera, Aimé, moría de primer parto; Roli caía abatido por la policía de la tiranía, todo sin que los dioses se dieran por enterados), conducen a que para entender a Cristino (nombre que le da título a la novela en la edición alemana) deba uno volver sobre los ejes pertinentes al abakuá que después de ser empleado de la florería o de la carnicería, comerciante, enfermero, rebelde, torturado, estudiante de la Escuela Básica de Instrucción Revolucionaria y Administración, empleado del Ministerio de Industrias, es decir, al Cristino que una mañana botó los amuletos, los resguardos y los collares y cuyas ideas fueron cambiando casi sin que se diera cuenta (p. 224). Es posible que a ello contribuya el cuarto y último eje de la novela, el de las excelentes viñetas sobre los dioses y la mitología abakuá, que aparecen siempre en bastardilla. Con ellas (y con Dandita) pareciera rendirle Cofiño López un gran homenaje a Alejo Carpentier y a su primera novela **Ecue-Yamba-O**. Y, curiosamente, uno quisiera creer que Cristino es aquel Menegildo hijo, nieto de Usebio Cué.

De nuevo, en esta novela, Cofiño plantea de manera formidable tres personajes femeninos (y algunos otros más que quedan insinuados) con sus mundos particulares: la inolvidable abuela; Aimé, la primera esposa de Cristino, quien como en los ritos románticos debe morir por ser la mujer más amada; y, Celia Argudín, la madre de Cristino, la viuda que lavaba y planchaba para la calle, cuya misión en la tierra fue la de sufrir y llorar, sin que jamás tampoco hiciera nada más por salir de ahí (cuando llega la Revolución, al contrario, le dirá a Gloria, la segunda esposa de Cristino: "Déjalo así, hijita. Así fue siempre y así debe terminar. (...) Si aquí dejé mi vida, quiero dejar mi muerte". Y ahí morirá llena de los recuerdos que asedian a Cristino en su asediante monólogo).

También, Teresa, la única hermana de Cristino, que enloquece a los 18 años, simboliza parte de un pasado que ella misma quisiera —¿inconscientemente?— olvidar. Ella desaparece con las últimas páginas de la novela cuando Cristino la visita en un nuevo hospital. "Tenía una tristeza oscura cuyo secreto ni ella misma poseía". Ella no lo reconocerá y Cristino dirá que había "en ella la apariencia de una vida terminada, que no había empezado". Las cosas ya no eran como antes, pero ella no podía darse

cuenta ahora que cantaba en el coro y "tenía las trenzas salpicadas de canas" (p. 242).

Cuando la sangre se parece al fuego, que también pudiera llamarse **Cristino, su abuela y la Revolución**, es, finalmente, todo cuanto queda atrapado en el párrafo final de la novela:

"Tú, otro y no el que eres, en el quinto peldaño de esa escalera. Tú, otro y no el que eres en cada peldaño de esa escalera que derrumbarán de un momento a otro junto con todo lo que entristeció tu vida".

MANUEL COFIÑO

"Entonces comencé a trabajar en una fábrica de cigarros para no depender de mi padre. Fue mi primer vínculo laboral y fue una gran experiencia. Principio a trabajar ahí en la Fábrica H. Upmann porque mi abuelo era asturiano y del mismo pueblo de Candamo de donde eran los dueños de la fábrica. Claro, mi abuelo tuvo menos suerte que ellos. Aunque vinieron en el mismo barco y tuvieron una de las fábricas más importantes de Cuba y del mundo, él solamente llegó a ser obrero de ellos, como fileteador —el que adornaba los tabacos y las cajas. Recuerdo que él preparaba los estuches de tabacos para Churchill.

Mi abuelo ya estaba retirado, pensionado, pero mantenía relaciones con ellos, y entonces con mi tía y con él fuimos a la fábrica. Por aquel tiempo yo ya tenía noviecita y me quería casar, y trabajar en una fábrica de tabacos era muy bueno porque te pagaban un salario considerable. Un dependiente, de los que aseaban el piso, ganaba 200 pesos, y un cigarrero podía ganar 600 pesos. Eso me daba muchas esperanzas. Y llegamos a la entrevista y uno de ellos me dice, eso es muy difícil porque el ingreso es por escalafón o por el sindicato, y los puestos nuestros ya están comprometidos; además, te veo muy muchacho para trabajar como dependiente, tú debes trabajar por la patronal en la oficina. Al fin comienzo a trabajar como de mensajero y mi sorpresa fue terrible cuando vino el pago de solamente 75 pesos.

Seguí trabajando allí dos años, que eso se refleja mucho en la última novela mía, **Amor a sombra y sol**. Ahí aparecen todas esas experiencias porque yo mantuve el contacto con los compañeros de la fábrica de cigarros aún después del triunfo de la Revolución.

Después de 1962 trabajé en el Ministerio de Industrias en investigaciones de mercado, que eran muy importantes porque ya empieza el racionamiento para solucionar muchos de los problemas del bloqueo. Ahí intervingo en el cambio de nombre de los cigarros, cambio de tecnología de los fósforos, en toda la lucha contra el bloqueo, situaciones que se reflejan también en mi última novela, quizás la que más carga autobiográfica tenga".

En 1981, Manuel Cofiño publicó su tercera novela, **Amor a sombra y**

sol, título que demuestra su inmensa dificultad para darle nombre a sus obras.

Esta novela, tan extensa como la primera, se vuelca sobre los primeros años de la Revolución pero ya no en el campo. Tampoco lo esencial acá es el período pre-revolucionario, como en su segunda novela. Ahora combina, de manera equilibrada y armoniosa, tres grandes ejes que confluyen fácilmente en el querer manifestar las dificultades y los avances de una sociedad que ha roto con el pasado neocolonial. De un lado nos entrega la vida y las maniobras del viejo Rodrigo Castillo Fabras, quien durante la tiranía fue un connotado banquero de apuntaciones, y mantuvo un estrecho contacto con el régimen de la dictadura y con la mafia del juego, que pretendía convertir a Cuba en un garito” y quien, finalmente, muere al ser detenido en su domicilio de Lawton (la misma zona donde vivirán Cristino y Gloria en **Cuando la sangre se parece al fuego**, p. 200) cuando pretendía suicidarse. El viejo y viudo Rodrigo trafica con piedras preciosas y a medida que avanza el proceso revolucionario prepara su huida a los Estados Unidos. Lo asedian el suicidio de Gertrudis, su esposa, y la vida independiente de su hija Magda. Tan solo tiene la compañía de su dinero avaro y de Tomasa, la mujer que hizo de ama de llaves y de amante, a la vez. El tratamiento buñuelesco de este personaje lo convierte en uno de los principales, aunque la repulsión que despierta —sobre todo en aquellas escenas en que trata de ahorcar a sus gatos— es tan grande que uno quisiera relegarlo a un segundo plano.

Sobre la vida de Rodrigo Castillo se va imponiendo paulatinamente el proceso de transformación que sufre (definitivamente superior al protagonizado por Cristino en **Cuando la sangre se parece al fuego**) su hija, Magdalena Castillo, Magda. Ella viene —como personaje— de un excelente cuento del libro **Un pedazo de mar y una ventana**, titulado “Magda, el mar, el aire”. Y es una increíble muestra literaria de cómo un autor puede recrear una crisis subjetiva enraizada en el pasado y presionada con catalizadores de un presente social. Cofiño, en este sentido, fue más allá —en mi opinión— de Tomás Gutiérrez Alea en su largometraje “Memorias del subdesarrollo”. Magda proviene de una pequeña burguesía adulterada e ingresa con ese lastre a la nueva Cuba. “Mi vida ha sido bastante perturbada y difícil de entender. Fui una niña muy rara y nerviosa. Pero bueno, creo que ninguna vida es entendible”, dice ella misma (p. 34). Estudió con monjas, quiso ser monja, luego tenista, actriz, cantante, jinete. Su madre se suicidó cuando ella era muy pequeña. Se crió con una tía, y fue Tomasa, la sirvienta de su padre, quien más la cuidó. Magda vivirá varios meses luego en su apartamento con Marcos López, funcionario de la Empresa del Tabaco, y jamás —el final de la novela es abierto— podrá decirse que su soledad ha sido compartida del todo. Sus estudios le permiten dar un salto, es cierto. Y su rebelión frente a su padre y su dolor por la muerte cruel (se ahorca) de Tomasa, la impulsan a abrazar el nuevo sistema de vida. Y ahí queda ella, frente al mar, en su ventana.

Marcos es el soporte del tercer eje de la novela, y constituye uno de los más vigorosos en la obra literaria de Cofiño, aun teniendo en cuenta al

memorable Bruno de **La última mujer y el próximo combate**. Marcos responde por su relación informal con Magda y por su vínculo con la empresa de tabaco. Ambos nexos son conflictivos e implican crisis internas y externas. El es, en parte, responsable —por su tolerancia— del desahogamiento de Magda. Y asume todas las consecuencias en el peor momento del bloqueo a la economía cubana (expresada en la obra). Los sabotajes externos, el corte de la tecnología yanqui, el racionamiento, la burocratización interna, los fraudes a la emulación socialista, etc. El ir y venir entre esos dos campos de acción, sin concesiones de ninguna naturaleza en ningún sentido, le crean todas las condiciones favorables al personaje para que el lector se compenetre con él y llegue fácilmente hasta el final.

En este tercer y último eje de la novela emerge otro personaje muy interesante. Es Lidia. Como Mercedes, en la primera novela, Lidia es la mujer secreta que polariza fuerzas indescifrables. Es casi la mujer que nos cautivó en la esquina con un gesto o con un acto de solidaridad humana y que luego se disolvió en el olvido. Y dejan una huella —porque colocan una flor o interceden por un compañero—, y son la alegría de la vida, y uno no sabe si eso también es amor de novios, de casados o de amantes. Lidia es la compañera ideal de trabajo para Marcos y él sufre tremendo impacto cuando sabe que a ella le han amputado una pierna después de un accidente. Al contrario de Mercedes —en **La última mujer...**—, quien ve a Bruno irse en una camilla casi muerto, Lidia es vista por Marcos en sus muletas ganándole la partida a la muerte y a la desesperación. Y en ambos casos un hilo de solidaridad —que se tensa aún más que el amor— une a las dos parejas.

Amor a sombra y sol persiste en los temas peculiares de Manuel Cofiño: la vida por dentro y por fuera de sus personajes, en tiempos de cambio, con mujeres y parejas conflictivas, muy humanas. Pero, también, consigue ahí algo importante y difícil: convertir a una fábrica en el escenario de una novela de grandes méritos, indiscutiblemente. Visualizar unas oficinas, unas máquinas, a unos seres humanos, como si se tratara de un pinar, de una avenida, de un mar, del aire. Logro que sólo puede atribuírsele a la gran sensualidad del lenguaje de Cofiño, a su pericia en el manejo de las situaciones narrativas, a su obsesión por explicarse un mundo que cambia a medida que el tiempo cambia. "Porque todo se pierde y todo se encuentra, y se pierde y se encuentra, y los caminos no se acaban...".